

EL ÁRBOL DE LA VIDA

Hace mucho tiempo, desde mis primeras observaciones y reflexiones sobre las cosas, me llamó la atención el contraste entre los hombres de cualidades brillantes y los de méritos sólidos. Expliquemos esto, que así enunciado, se presenta poco inteligible. Frecuentemente encontramos en el trato social personas que parecen llenarlo todo con su presencia, inquietas, bulliciosas, lo mismo en los ratos de alegría que en los de sufrimiento, se ve que viven únicamente para el exterior, por los demás y para los demás; en ellos la indumentaria es más interesante que la fisonomía y las palabras más que los pensamientos; tales individuos no tienen otra preocupación ni otro placer que atraer sobre sí la atención ajena, brillar aunque sea con luz prestada o refleja; pero si la casualidad nos pone en el trance de intimar con alguno de ellos el encanto primero y la primera simpatía, se disipan y muy poco después se los encuentra intolerables o molestos.

Por el contrario, si la casualidad nos aproxima a hombres laboriosos y oscuros, empezamos sintiendo una primera impresión de malestar y antipatía, hasta que la continuidad del trato desvanece la repugnancia y aumenta gradualmente la estimación, concediéndole al final a esta persona la plenitud de nuestro afecto y confianza. Son tales hombres desaseados y un poco rudos, tienen siempre el pudor de su actividad y de sus capacidades y tratan en todo momento de disimularlas. Los hombres oscuros y los hombres brillantes se necesitan y se complementan mutuamente; es la ley general de armonía del mundo, según la cual cada ser y cada concepto se justifica por sus contrarios; y desgraciado del hombre o grupo de hombres oscuros que no encuentran al hombre brillante que necesitan y tienen que convertirse en mercederes de sus propias obras y portavoces de sus propios méritos.

En todo pueblo, colectividad o institución humana, hay muchos hombres oscuros y algunos hombres brillantes; el destino de los primeros es trabajar mucho y gozar poco porque la ciencia, el arte, la industria, todas las profesiones, todos los comercios y todos los refinamientos de la vida civilizada han de ser creados u obtenidos por ellos; ellos han de ser obreros, labradores, soldados, sabios, maestros, poetas. El destino de los otros es gozar de todos esos refinamientos y producciones, realizarlos usándolos, trabajar poco o nada exhibirse siempre y ofrecerse como tipo y modelo de su pueblo, de su profesión o de su grupo ante los demás grupos, profesiones o pueblos. Los primeros son precisamente los que por su coordinación constituyen la sociedad, los segundos surgen de ella cuando ha alcanzado su exuberancia y madurez como las flores y los frutos brotan de la planta al alcanzar ésta toda su lozanía.

He aquí por qué el hombre que amasó una gran fortuna con su propio esfuerzo, vivió pobre y algún heredero lejano disfrutó los bienes que acumulara a fuerza de privaciones; he aquí también cómo el obrero joyero o la obrera modista tienen que vivir modestamente mientras se cargan de joyas, encajes y costosos vestidos los que los alcanzaron sin fatiga ni pena; y he aquí cómo el poeta muere a menudo pobre, y el filósofo vive casi siempre solitario, y el soldado se sacrifica obscuramente, y miles y miles de hombres y mujeres pasan casi todos los días del año y casi todas las horas del día amarrados a faenas rutinarias y embrutecedoras para que no desaparezca el núcleo pequeño de los privilegiados que disponen continuamente sin necesidad de producirlos de todos los objetos que dignifican y embellecen la vida.

¿Es esto una simple cuestión económica de desigual repartición de la riqueza o es el temperamento mismo de los individuos el que los coloca en el hemisferio de sombra o de luz del mundo? Yo creo que esta es una cuestión de psicología más que de economía, porque a diario estamos viendo hombres que por su posición, por su talento y por su cuna, podían

brillar en sociedad, y sin embargo se recluyen voluntariamente en situaciones secundarias, mientras otros hombres de posición media y hasta íntima y de cualidades mediocres dedican sus energías a sobresalir entre la masa anónima. La riqueza engendra a lo sumo una predisposición a las cualidades brillantes.

Por otra parte, no son sólo los individuos como tales los que se encuentran en este caso, sino también las instituciones y todas las colectividades humanas: hay muchas que son necesarias y oscuras, otras, en cambio, son puramente decorativas, de ruido y de bullicio; las hay que no tienen misión ninguna en sí, únicamente sirven para prestar apariencias, vestiduras y galas al conjunto de la sociedad; cuales sean estas instituciones no me atrevo a decirlo.

De este modo, lógica y espontáneamente se me ocurrió comparar la sociedad con un gran árbol, porque también en la naturaleza se da el contraste entre las brillantes apariencias y las oscuras realidades; el árbol que nos cobija, que nos da maderas y frutos, está compuesto de diversos órganos, pero mientras unos—las raíces—, ocultos bajo tierra realizan en la sombra y el silencio una labor tenaz y penosa, otros—las hojas, las flores y los frutos—, elevados en la atmósfera, cumplen alegremente sus funciones y dan al exterior la sensación estética. Los unos que parecen no existir, son el sostén y el sustento de los otros que desde su altura parecen no ocuparse de aquellos ni necesitarlos; todos realizan su cometido, pero para los primeros es el esfuerzo obligado del presidiario, y para los segundos el libre ejercicio de las facultades propias; aquellos trabajan para sí y para todos; éstos se aprovechan de su trabajo y del ajeno.

Los hombres oscuros y también las instituciones oscuras y necesarias, son las raíces del árbol de la vida; el ignorante las desconoce, el hombre frívolo las pisa distraidamente, y el discreto procura estudiarlas y conocerlas. Los hombres oscuros son las raíces y el tronco de la sociedad porque dan el elemento primario, basto y fuerte, feo y oculto en gran parte, porque al ganarse su vida contribuyen al bienestar y a la riqueza colectiva. Los hombres brillantes son las flores y frutos que resumen una larga evolución, un largo y silencioso esfuerzo asimilativo.

También la nacionalidad española está organizada a la manera de un gran árbol; hay regiones ricas y esplendorosas como las hojas y las flores; hay regiones pobres y olvidadas como las raíces y los troncos; de entre las altas cordilleras, esparcidas y alargadas como raíces por todo el suelo de la península, surgen como dos grandes troncos las llanuras de ambas Castillas y desde aquí se esparcen hasta el mar, como las hojas y las flores, las provincias fértiles y hermosas. Es verdad que éstas hacen bello el conjunto, pero son aquellas las que le hacen fuerte, resistente por lo menos a los huracanes de la desgracia; es cierto también que los hombres frívolos (todos los políticos, muchos literatos extranjeros, algunos nacionales, los turistas) desdennan o desconocen los pueblos del interior, y sin embargo, lo perenne, lo fuerte, lo duradero de España, lo que ha salido incólume de las más grandes derrotas, de donde ha salido la energía para las victorias decisivas y la expansión más extraordinaria, ha sido de las raíces y de los troncos de la nacionalidad: de los Pirineos, de las cordilleras Bética e Ibérica y de las dos Castillas.

V al descubrir la gran verdad contenida en esta metáfora, he sentido un inmenso orgullo de ser castellano, de ser trabajador y de ser pobre, porque si es amargo renunciar a la mayor parte de los placeres de la vida, es también de una gran belleza y alegría aceptar el propio destino y prestar los hombres para sostener el soberbio monumento de una civilización y de una patria.

JAVIER RUIZ ALMANSA